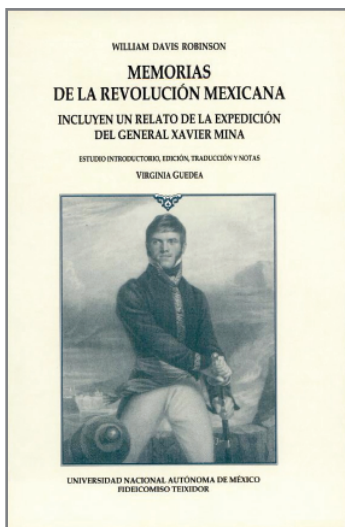


## SOMERA VISIÓN DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA, EN PARTICULAR DE LOS VECINOS VIRREINATOS DE MÉXICO Y LA NUEVA GRANADA.\*

WILLIAM DAVIS ROBINSON

\*DIRIGIDA PRINCIPALMENTE A EXPLICAR LA POLÍTICA DE ESTABLECER UNA PRONTA RELACIÓN ENTRE LOS ESTADOS UNIDOS Y AQUELLOS PAÍSES.

LAS SIGUIENTES OBSERVACIONES fueron originalmente publicadas en 1815, en Georgetown, por la imprenta de Richards y Mallory bajo el título de *A cursory View of Spanish America, particularly the neighbouring vice-royalties of Mexico and New Grenada, chiefly intended to elucidate the policy of an early connection between the United States and those countries*. Fueron traducidas al castellano por la historiadora mexicana Virginia Guedea, quien las publicó en el año 2003, bajo el sello de la Universidad Nacional Autónoma de México, como apéndice de su traducción de las *Memorias de la Revolución Mexicana* que el mismo Robinson había publicado en Filadelfia en 1820. Natural de Filadelfia (1774), este comerciante estadounidense realizó operaciones mercantiles en Venezuela (1799 a 1806), Cuba, Barbados y Cartagena de Indias (1813). Comisionado por una casa comercial de Nueva York, ofreció a los insurgentes de Nueva España 10.000 fusiles a 25 pesos cada uno, a cambio de un permiso para introducir sin impuestos mercancías por un millón y medio de pesos. Fue en esta época en que se convirtió en un agente del Gobierno estadounidense. Las observaciones que siguen reflejan entonces los intereses estratégicos de ese gobierno durante la época de las independencias hispanoamericanas, pero ofrecen información valiosa sobre las circunstancias de la Nueva Granada en el tiempo de su Primera República, como la relacionada con los cálculos estratégicos de don Antonio Nariño, juzgado por Robertson como “el individuo que puede considerarse como el personaje más destacado de este joven imperio”.



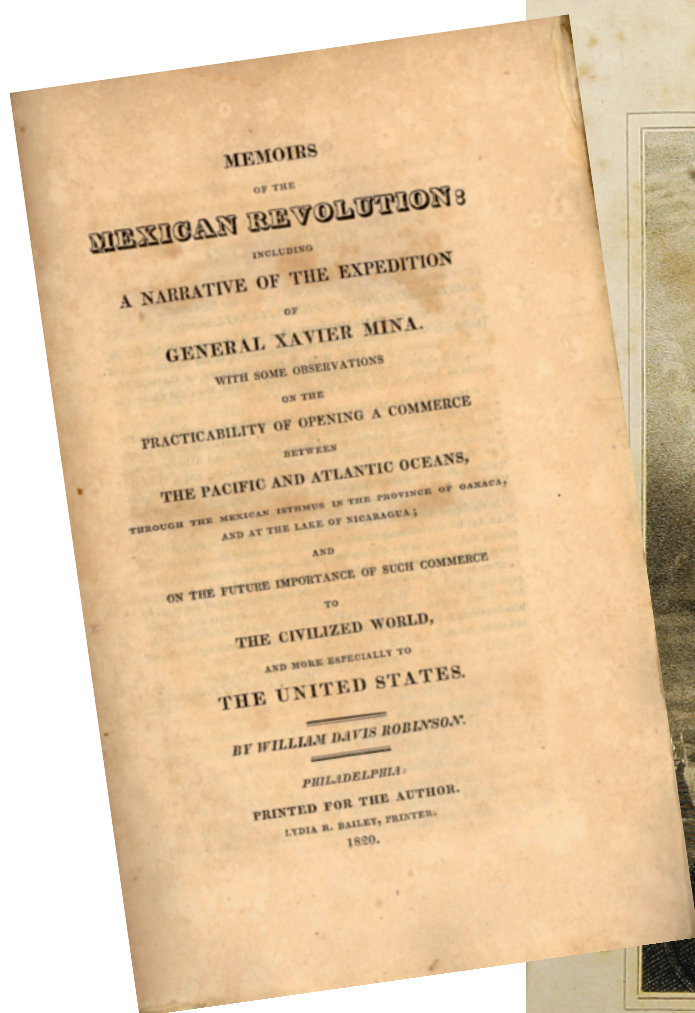
76

**L**os Estados Unidos cuentan con los medios necesarios para dar un golpe mortal al poder y a las ambiciosas miras de la Gran Bretaña, y soy de la opinión de que no debemos titubear al hacerlo, siempre y cuando podamos justificarnos ante el mundo que nos rodea, utilizando para tal efecto todas nuestras energías, tanto morales como físicas.

La Gran Bretaña cuestiona la validez de nuestro derecho a la Luisiana y, como no mostramos disposición alguna a desmembrar nuestro territorio por medio de negociaciones, ha decidido llevar a cabo un

experimento para alcanzar sus fines por la fuerza de las armas. Para ello, sin duda, ha recibido del gabinete español la promesa de su cooperación, ya sea de manera tácita, ya explícita.

Abiertamente y en gran escala, los ingleses han desembarcado municiones de guerra en Pensacola con el propósito declarado de aprovisionar a los indios de Florida y animarlos a hostilizarnos. La reciente expedición contra el fuerte Bowyer, compuesta de ingleses e indios, se preparó en Pensacola. Este acto no es tan sólo una flagrante violación de la neutralidad por parte de España sino que de sus resultados depende, quizá, el



Portada y portadilla del libro *Memorias de la Revolución Mexicana* publicado por Robinson en 1820. En portadilla Francisco Javier Martín Mina Larrea (Navarra, España, 6 de julio de 1789 - Sierra de Pénjamo, Guanajuato, México, 11 de noviembre de 1817). Guerrillero español en la Guerra de la Independencia española y luchador por la Independencia de México.



éxito o la derrota de la expedición inglesa contra Luisiana.

La proclama de un oficial inglés (Edward Nicoll) se ha exhibido públicamente como un documento oficial, y es muy probable que su tono y espíritu estén en perfecta armonía con las miras y de acuerdo con las instrucciones que aquel oficial recibió de su

propio gobierno. Por este documento nos enteramos de que España va a cooperar en el proyecto de la conquista o toma de Luisiana. En él se invita a los habitantes de aquella región a renegar de su fidelidad a los Estados Unidos y se les dice que una fuerza muy numerosa, tanto española como inglesa, puede llegar de un día a otro para llevar a cabo este proyecto.

Que Fernando VII adopte algún plan descabellado de esta índole no parecerá sorprendente a quienes han observado su extraordinaria conducta desde su acceso al trono español, y menos causa admiración el hecho de que Inglaterra se aproveche de este monarca imbécil para promover sus ambiciosos designios ulteriores. Por lo tanto, no es improbable que exista un tratado secreto entre la Gran Bretaña y España por el cual la primera tienda a la segunda el señuelo de recobrar la Luisiana bajo ciertas condiciones. Pero si este tratado únicamente existe en el reino de mi fantasía, no hay duda de que existe también en la disposición y en los ánimos tanto de Inglaterra como de España, aunque tal vez no se halle sancionado con las formalidades del lacre y de las firmas.

Las últimas demandas de los comisionados ingleses en Gante muestran claramente las miras ambiciosas del gobierno británico y los planes y las operaciones que esta nación intenta proseguir en cuanto el Congreso de Viena la libere de los grillos que el actual estado de guerra en Europa le obliga a llevar.

Por los hechos ya expuestos, infiero que ha llegado, o no está muy distante, el momento en que España cometa, o cometerá, la locura o la temeridad de arrojarnos el guante del desafío y se una a la Gran Bretaña para invadir y desmembrar nuestro territorio.

¡Día fatal para España cuando se firme semejante tratado o se acuerde semejante plan! ¡Momento feliz para los habitantes del hemisferio occidental! ¡Desde ese día la gloria y el esplendor de la monarquía española cesarán para siempre! El orgulloso castellano podrá entonces envolverse en el manto de su difunta dignidad y, en unión de la sombría progenie del fanatismo, lanzar infructuosos suspiros por el poder perdido y arrojar inútiles lágrimas sobre el altar de la superstición.

Los Estados Unidos han seguido hasta ahora una política cauta, y quizás

atinada, hacia México y aquella parte de la América del Sur que se encuentra luchando por independizarse o emanciparse de España. Tal vez hubiera sido conveniente, a pesar de lo que nuestros intereses hayan podido alegar en contra, haber perseverado en esa línea de conducta política hasta el trascendental momento presente, cuando el comportamiento y las miras de la Gran Bretaña y de España nos impelen a tomar un nuevo y más interesante curso de acción.

Creo que ha llegado el momento en que es necesario examinar cuidadosamente hasta dónde nuestra ayuda y nuestras operaciones con quienes se encuentran luchando por la independencia de México y de la América del Sur pueden infligir una repentina, inesperada y certera herida al comercio y a los designios de Inglaterra, y hasta dónde contamos con los medios para acelerar y asegurar los destinos de diecisiete millones de personas. Con este propósito, y para promover un asunto de tan profundo interés para la humanidad y para todo el mundo civilizado, el escritor ofrece las siguientes opiniones sobre esta parte del globo.

Que España, una pequeña península de Europa, mantenga dominio perpetuo sobre el vasto continente de la América del Sur y sobre México jamás pudo haber sido dispuesto por las leyes de la naturaleza o los designios del Cielo, y confío en que estos últimos estén a punto de ser revelados y que los Estados Unidos de Norteamérica se conviertan en el instrumento que libere a todo el mundo occidental de la tiranía de Europa.

Las edades futuras apenas podrán creer que una región como ésta, que abarca la quinta parte de nuestro planeta, en la que abundan los productos de todas las zonas, que cuenta con un suelo de sin igual fertilidad, con una diversidad de climas apropiados a todas las necesidades del hombre y con recursos de la más atrayente naturaleza así como ilimitados en su extensión, además de otras infinitas bendiciones, haya permanecido casi desconocida y pasado inadvertida

para el resto del mundo civilizado. ¿Se atribuirá esto a las inescrutables disposiciones del Creador del Universo o a la tiranía de reyes y sacerdotes?

Las luchas por alcanzar la libertad civil que los infortunados habitantes de la América del Sur y de México han emprendido desde hace unos cuantos años no han tenido el éxito que una causa tan sagrada supone asegurar e inspirar.

Los criollos, o sea los descendientes de los españoles europeos, se hallan por lo general dotados de grandes prendas naturales: son agudos, alegres y entusiastas de la libertad. Éstas son las características de las clases alta y media de la sociedad; las clases bajas son por lo común terriblemente ignorantes y se encuentran bajo el dominio de los sacerdotes. A pesar de todo, son más sensibles a las bendiciones de la libertad racional de lo que en general se ha supuesto porque, aunque hasta ahora han sido víctimas de la opresión y de la superstición, ni por su naturaleza ni por sus costumbres son propensos a los vicios, y quizá no exista sobre la tierra un pueblo que pueda conducirse y gobernarse con mayor facilidad.

Conocemos el espíritu revolucionario que predomina en el gran imperio mexicano, y hemos oído recientemente que incluso la ciudad de México ha seguido la bandera de los independientes. No tenemos todavía ningún informe oficial sobre este importante acontecimiento, pero su credibilidad se deriva del fermento e insatisfacción que, según sé, prevalece en aquella capital a consecuencia de la conducta de Fernando VII y sus consejeros.

El virrey de México, así como todos los demás cargos civiles, militares y eclesiásticos de importancia, se hallaban bajo el control de la corona. Casi todos los que desde hace poco los desempeñan fueron nombrados por las Cortes, pero desde la disolución de este cuerpo *han estado aguardando, día a día, la pérdida de sus puestos*. Muchos de estos hombres, a pesar de ser españoles eu-

ropeos, consideran la conducta de Fernando como traicionera e ingrata para con la nación; y, como en el futuro sólo esperan sufrir persecuciones, es muy probable que algunos de ellos encuentren un campo más propicio a su ambición si unen sus intereses a los de los revolucionarios e inclinan la balanza a su favor. Por lo tanto, soy de la opinión de que, ya sea que la ciudad de México haya declarado o no su independencia, en aquella capital existe una fuerte disposición para ello que se manifestará en la primera oportunidad favorable. Mas sea lo que sea, después se verá que los Estados Unidos poseen los medios necesarios y está en su poder no sólo acelerar la emancipación sino decidir la suerte de México y promover y establecer la libertad civil a través del hemisferio occidental.

En los anales de la historia no se encuentra paralelo a empresa semejante; tampoco se ha presentado a la consideración del gabinete de ningún país un asunto de tal magnitud o calculado con tal precisión para perpetuar el honor y la gloria de la administración que dirija los talentos y las energías de su país a efectuar la liberación de una inmensa población que durante los últimos tres siglos ha estado envuelta en la miseria y ha gemido bajo el despotismo más opresivo que jamás haya afligido a porción alguna de la raza humana.

Si ayudar a diecisiete millones de nuestros semejantes a emanciparse de la tiranía constituye un asunto de gloria y de interés para los Estados Unidos, su importancia aumenta todavía más si se demuestra que mientras ayudamos al progreso de la libertad civil en aquellos países damos al mismo tiempo a la Gran Bretaña, en la actualidad nuestro franco y acre enemigo, un golpe más profundo y mortal que el que nos es posible infligirle por cualquier otro medio.

Debe ser obvio para todo observador imparcial que el propósito principal del gobierno británico es frenar, si no puede destruir, el progreso político y comercial de los Estados Unidos. Su gabinete ya se ha dado

cuenta de que nuestros enormes recursos internos y el genio de nuestro pueblo y gobierno muestran ser el embrión de una potencia futura que será hostil al esplendor y permanencia del imperio británico. Lo que llena al gabinete inglés de envidia e indignación es que anticipa nuestra importancia futura en la escala de las naciones. A estas causas debe atribuirse su ansiedad por fortalecer su frontera canadiense, por impedir nuestra influencia y fuerza futuras en los lagos, por aparecer como aliada y defensora de los salvajes, por usurpar nuestra soberanía territorial y, finalmente, mediante su intento de apoderarse de la Luisiana, sin que importe si para ella o para España, demuestra el alcance de sus ambiciosos y atrevidos proyectos.

A pesar de ser una tarea difícil, la Gran Bretaña emprenderá la conquista de la Luisiana o, mejor dicho, la posesión de Nueva Orleans y el territorio circunvecino, y en esta empresa *puede tener éxito*. Estoy enterado de que se dirá que la posesión de la desembocadura del Mississippi y del territorio de Orleans no puede sostenerse por mucho tiempo ni es de utilidad alguna para ninguna potencia europea sin el consentimiento y el apoyo de la enorme población que habita las regiones occidental y septentrional de nuestra Unión; y aquellos que conocen las costumbres y el carácter de esa población podrán añadir que su asentimiento y apoyo serán tan imposibles de lograr como artificiales en caso de conseguirse. Asimismo, espero que cualquier intento enemigo por obstruir o impedir esta gran salida que Dios y la naturaleza nos han dado provocará la indignación general entre nuestros hermanos del Oeste y será visto como una violación impía de su soberanía y como un ataque a todo lo más sagrado para ellos. A pesar de todas estas justas expectativas, es obligación del hombre de Estado contemplar las posibles resultas y adoptar medidas convenientes en el momento debido para precaverse de malignas consecuencias.

Sospecho que la fuerza que la Gran

Bretaña ha estado reuniendo y organizando durante más de *ocho meses* para atacar la Luisiana se encontrará que es *mucho mayor de lo que generalmente se ha supuesto, y quizá nada demuestre con más fuerza la hipocresía de sus procedimientos diplomáticos que la manera astuta en que nos ha estado entreteniéndolo con sus "sine qua non" y sus protestas de sinceridad por lograr una paz que no tenga relación con las adquisiciones territoriales, mientras que, al mismo tiempo, ha estado madurando secreta y cuidadosamente una expedición que tiene por objeto no sólo el desmembramiento de una inmensa porción de nuestro territorio sino combatir la fidelidad y paralizar la industria de casi dos millones de nuestros habitantes.*

La fuerza que salió del Chesapeake hace unos cuantos meses, la expedición que en septiembre se hizo a la vela desde Inglaterra y las guarniciones de casi todas las Antillas británicas, *con todos los regimientos de negros a su servicio*, se han unido para esta gran expedición. ¿Qué tenemos nosotros para oponernos a esta formidable fuerza? Un pequeño y esforzado ejército bajo el valiente general Jackson y unos cuantos miles de tropas indisciplinadas del Oeste. Nuestra *oportunidad* de tener éxito depende de la llegada de este general a Nueva Orleans antes de que el enemigo ataque; pero si nos vemos frustrados en este importante punto, ¿a quién deberá culparse? *Con toda seguridad a la conducta del gobernador de Pensacola*, porque si no hubiera permitido que los ingleses utilizaran ese sitio con *propósitos hostiles, para vestir a los indios y proveerlos de municiones de guerra* con las que puedan atacar a nuestros indefensos ciudadanos de los alrededores, de no haber sido por éstas y otras operaciones de nuestro enemigo *dentro de los límites de la jurisdicción española*, el general Jackson y sus valientes seguidores hubieran podido llegar, y de hecho hubieran llegado, a la importante plaza de *Orleans desde hace muchos meses*. Menciono estos hechos para inculcar en el lector la convicción del escritor

de que el gobernador de Pensacola, quien se encuentra bajo el mando inmediato del capitán general de Cuba, no hubiera cargado una responsabilidad tan seria como la que resulta de este rompimiento de la neutralidad en una coyuntura tan crítica *sin órdenes expresas del gabinete español*; y, ya sea que en un futuro Fernando y sus consejeros reconozcan o no este acto, el daño está hecho y la acción puede ser irreparable en lo que respecta a las inmediatas y desastrosas consecuencias que pueda tener. Si el general Jackson y su ejército llegan a Nueva Orleans antes de que el enemigo suba por el río podremos esperar una valiente, y a lo mejor victoriosa, defensa; pero cuando reflexiono sobre la inmensa fuerza empleada en esta expedición y la variedad de circunstancias relacionadas con ella creo muy posible que el enemigo tenga éxito al apoderarse de Orleans. De cualquier manera, quizá no esté fuera de lugar el examinar aquí la conducta que los ingleses probablemente adopten en caso de triunfar.

Entre los primeros objetivos del enemigo, después de tomar posesión, se hallará el tratar de debilitar el patriotismo de nuestros ciudadanos mediante todos los señuelos posibles. La Gran Bretaña ofrecerá a nuestros compatriotas el comercio irrestricto del Mississippi y, a lo mejor, el tráfico exclusivo con sus Antillas. Se darán oro y plata a cambio de los frutos de nuestro suelo, y las manufacturas de Inglaterra se ofrecerán en los términos más favorables. Quizá también se ofrecerá a nuestros pobladores del Oeste unir sus destinos al imperio británico, y se intentará convencerlos de que bajo su protección sus tierras y sus productos serán de mucho mayor valor que bajo el gobierno de los Estados Unidos.

Es más que probable que los habitantes del Oeste resistan y desprecien todas estas ofertas y tentaciones, pero, por la lección que nos presenta la conducta de nuestros ciudadanos en las regiones orientales de la Unión, unida a las fatales evidencias de un espíritu de partido que ya ha desgraciado a

nuestro país y a la convicción de que nuestro joven gobierno no ha adquirido todavía la energía debida, se vuelve indispensable tener a la vista la *posibilidad* de que nuestra población del Oeste sea seducida por las promesas y las maquinaciones de la Gran Bretaña.

En el caso de que esta última se apodere de Nueva Orleans e impida así toda comunicación por el Mississippi entre los territorios del Atlántico y los del Oeste, esto sólo provocará en un principio la indignación y la sorpresa de los habitantes de Luisiana, Kentucky, Tennessee, etcétera. Antes de que disminuyan estos sentimientos o que las promesas y las artes de la Gran Bretaña despierten el amor por un intercambio comercial con ella, considero que sería conveniente –necesario en realidad– ocupar la atención y los sentimientos de nuestros ciudadanos del Oeste presentándoles un proyecto de mucho mayor importancia para sus intereses y honor futuros que cualquier cosa que la Gran Bretaña pueda jamás ofrecerles.

Ayudar a México a emanciparse del dominio de España ha sido desde hace mucho un sentimiento popular entre todas las clases de la sociedad en los estados ya mencionados; de hecho, este sentimiento, manifestado en ocasiones, ha sido tan poderoso que nuestro gobierno apenas pudo evitar que nos metiera en problemas con España. Quizá nunca hubo una empresa tan

Durante más de tres siglos las minas de este Nuevo Mundo han estado sujetas al despotismo de la monarquía española o han servido para aumentar el poder y la codicia de la Gran Bretaña. Hasta ahora nunca han servido para promover la felicidad y el fortalecimiento de aquellas regiones donde las colocó la naturaleza.

perfectamente adaptada a las costumbres y al genio de un pueblo como ésta lo sería para ellos. Numerosos y atrevidos, endurecidos por su educación, inmunes a los peligros de los bosques a causa de encontrar en ellos su esparcimiento y hallándose en su elemento cuando viajan, lograrían librar al imperio mexicano de la esclavitud de España con una presteza y una facilidad infinitamente mayores que las mostradas cuando poblaron nuestro país al oeste de las montañas Allegheny.

En vez de que nuestros ciudadanos sean vistos como conquistadores o intrusos, su entrada al territorio de México difundirá gozo y confianza por todas las regiones de aquel importante país. Su población despertará de su apatía; seremos saludados como los salvadores de seis millones de personas de un cruel despotismo, y de inmediato descubriremos que el influjo y el poder de España desaparecen como el rocío bajo los rayos del sol.

*De quince a veinte mil voluntarios, acompañados por esforzados oficiales, con un equipo semejante al que puede obtenerse con facilidad en Kentucky y Tennessee, decidirán la suerte de todo México en menos de un año. Al penetrar al imperio por aquellos puntos que se encuentran en poder de los revolucionarios, no sólo inspirarán en estos últimos nuevas energías sino que inducirán a cientos de miles a unirse bajo el estandarte republicano, quienes hasta ahora han titubeado no por su inclinación sino por timidez. Por estos medios podría lograrse que la gran masa de la población se avalance literalmente sobre la ciudad de México y tome en el camino posesión de todos los lugares intermedios, al igual que de las minas, determinando así rápidamente la suerte de la capital del imperio y de la ciudad y puerto de Veracruz.* No existe duda alguna en la mente del escritor de que estos grandes objetivos pueden lograrse por los medios sugeridos; todo lo que se necesita para legitimar la empresa y dar vigor a su ejecución es que nuestro gobierno se presente como *el aliado y amigo de los independien-*

*tes*, medida no solamente justificada por los recientes ultrajes que hemos sufrido por parte de España sino dictada por una política sensata y reforzada por los gritos de la humanidad ofendida. México es nuestro aliado por las leyes de la naturaleza, y sólo nos resta unirlo más a nosotros mediante el interés y la GRATITUD.

Mucho se ha dicho y escrito sobre las minas de la América del Sur y de México, pero no está fuera de lugar en este momento echar una mirada rápida a este interesante asunto. Durante más de tres siglos las minas de este Nuevo Mundo han estado sujetas al despotismo de la monarquía española o han servido para aumentar el poder y la codicia de la Gran Bretaña. Hasta ahora nunca han servido para promover la felicidad y el fortalecimiento de aquellas regiones donde las colocó la naturaleza; para los nativos de ese suelo han sido, por lo tanto, más bien azotes que bendiciones. Esto no se ha debido (como se piensa vulgarmente) a ningún mal inherente a estas fuentes subterráneas de riqueza, sino que lo ha causado la bárbara y tiránica política de España *por la manera torpe en que han sido trabajadas* y porque se han utilizado como un monopolio para dar gusto a unos cuantos disipados o codiciosos favoritos de la corona.

Tal vez no esté lejano el día en que los metales preciosos de aquellos países dejen de considerarse su principal riqueza. Un gobierno liberal y el aumento de su población pronto desarrollarán los infinitos recursos de esta parte del globo, y el metal, acuñado o en barras, no será ya su principal exportación.

Millares de infelices que ahora encuentran una muerte prematura al trabajar en las entrañas de la Tierra hallarán empleo y satisfacción al cultivar su superficie; y, si todavía los metales preciosos fueran en el futuro el ansiado talismán de los habitantes del Viejo Mundo, es de justicia que los del Nuevo Mundo también participen de los beneficios que se deriven de excavar su tierra natal y de arrojar sus tesoros a la superficie. Esto podrá llevarse

a cabo, quizás, con mayor facilidad de la que al presente suponemos.

Las minas podrán convertirse en el futuro, como debe ser, en *propiedad nacional*; en consecuencia, su producción podrá aumentarse o disminuirse de acuerdo con las circunstancias, en proporción al valor de su rendimiento, por estimaciones métricas a través del mundo civilizado.

Ninguna propiedad sobre la Tierra puede ser controlada por una nación con más facilidad y seguridad *que las minas, y es imposible trabajarlas en privado sin ser descubierto*.

Las famosas minas de Potosí, así como las de Perú, Chile, Nueva Granada y México, por lo general se han explotado y trabajado con todas las desventajas. Su riqueza se extrae por medio del trabajo renuente de unos infelices que perecen a temprana edad, ya sea por el rigor del trabajo, ya por la enfermedad y la desesperación estimuladas y producidas por este inhumano empleo. Ahora se sabe que algunas de las mejores minas de los lugares antes mencionados fueron abandonadas tiempo ha simplemente porque sus socavones se llenaron de agua, la que no ha podido ser desalojada por indolencia o falta de inventiva. Basado en la mejor información que sobre este interesante tema pude recoger, pienso que no hay riesgo al afirmar que si las minas de aquellos países estuvieran bajo el control directo de un sabio y enérgico gobierno, *y si se introdujera maquinaria moderna para trabajarlas durante todo el proceso, se obtendrían más oro y plata* (y a cosa de un tercio o la mitad del costo anterior) de ocho o diez de las principales minas que lo que con el sistema actual puede *obtenerse de todas ellas* y, lo que es de consecuencias más importantes, sin necesidad de emplear sino *una centésima parte* de los seres humanos que cada año se sacrifican en esta ingrata labor.

He divagado sobre este tema mucho más de lo que pretendía, pero para el hombre de Estado que extiende su mirada

hacia el futuro y para aquellos que reflexionan sobre cuan íntimamente están ligados los destinos de las naciones a las operaciones fiscales, esta digresión relativa a las minas de la América del Sur y de México puede ser de alguna utilidad.

Nadie que haya presenciado los acontecimientos de la guerra interrumpida tan poco ha en Europa podrá negar que la Gran Bretaña ha gozado durante los últimos años de todas las ventajas que pueden derivarse de la posesión de aquellas minas. Antes de que estallara la contienda entre Francia y España, e incluso cuando ésta se hallaba en paz con Inglaterra, se envió una escuadra de fragatas británicas para asechar a los navíos españoles que regresaban a la península, a los que se apresó antes de que se declararan las hostilidades y cuyos cargamentos de monedas y lingotes se llevaron a las arcas nacionales de Londres. Desde ese día hasta el momento presente de paz parcial, Inglaterra ha tenido el control absoluto del numerario



Las minas podrán convertirse en el futuro, como debe ser, en *propiedad nacional*; en consecuencia, su producción podrá aumentarse o disminuirse de acuerdo con las circunstancias, en proporción al valor de su rendimiento, por estimaciones métricas a través del mundo civilizado.



El comercio y las riquezas de aquellos países tomarán una *nueva dirección, en especial desde México*, y podrán circular en los Estados Unidos en lugar de contribuir, como hasta ahora lo han hecho, a *suministrar a la Gran Bretaña su principal fuerza de guerra* o a henchir la pompa y a alimentar el despotismo de España.

de la América española y en condiciones mucho mejores que las que jamás disfrutó España. Desde aquel día hasta la invasión de ésta por Francia, la Gran Bretaña ha capturado a casi todos los navíos que intentaron efectuar esta “carrera de baquetas” al llevar moneda a España, y ha llegado a conocimiento del escritor que para hacer arribar a la península de Europa una pequeña porción de su riqueza americana se celebraron contratos con el gobierno británico mientras éste se hallaba en *guerra con España* y se concedió permiso de que un convoy inglés protegiera el tesoro español, dando la mitad de éste a Inglaterra por la conducción segura de la otra mitad.

Si esto se llevó a cabo por medio de comerciantes ingleses o por el gobierno, el resultado es el mismo, porque el gobierno accedió a ello. Desde el choque ocurrido entre Francia y España y la cooperación de lord Wellington con las Cortes, el metal de la América española ha ido directamente a la Gran Bretaña, y las minas, aunque en apariencia pertenecen a España, sirven tan sólo para el uso de Inglaterra.

La estupidez, la corrupción y la ignominia de las Cortes de Carlos y Fernando, al someterse así servilmente a Inglaterra y sujetarse a la infamia de su protección bajo semejantes condiciones, provocaron la envi-

dia, así como el desprecio y la venganza, de Francia.

No hay duda de que la Gran Bretaña todavía disfruta, y continuará disfrutando, del control de la riqueza de España mientras ésta sea una monarquía y, aunque sus reyes o cualesquiera Cortes futuras se opongan a ello, mientras *la América española pertenezca a la península*, la Gran Bretaña, por su superioridad naval, puede y podrá disponer de las riquezas y el comercio de este vasto continente. *Únicamente la independencia de este Nuevo Mundo podrá frenar la ambición e influencia de la Gran Bretaña*. Este suceso dará nacimiento a un nuevo y favorable orden de cosas, no sólo en el hemisferio occidental sino en todo el mundo; mas sus ventajas para los Estados Unidos se percibirán de inmediato, porque serán sólidas y permanentes.

El comercio y las riquezas de aquellos países tomarán una *nueva dirección, en especial desde México*, y podrán circular en los Estados Unidos en lugar de contribuir, como hasta ahora lo han hecho, a *suministrar a la Gran Bretaña su principal fuerza de guerra* o a henchir la pompa y a alimentar el despotismo de España.

Es perfectamente natural que la Gran Bretaña intente evitar que los Estados Unidos establezcan su influencia política y comercial sobre estos pueblos, pero me parece que no puede impedirnos alcanzarla siempre y cuando *no tardemos demasiado* en adoptar las medidas ya sugeridas y las que sugeriremos después. Está por completo en nuestras manos convertir a *toda la población del imperio mexicano en nuestra amiga y aliada*, y al lograr este desiderátum se decidirá la suerte del resto de la América española.

Ha llegado a conocimiento del escritor, no sólo por sus observaciones en general sino por varios documentos que ha revisado, que desde hace tiempo Inglaterra ha estado deseosa de arrancar a la América del Sur y a México de la monarquía española.

El estado político de Europa es

lo único que ha retardado, o aún retarda, el abierto reconocimiento de esta determinación; pero, mientras tanto, afortunadamente para la humanidad y en particular para los habitantes del Nuevo Mundo, Inglaterra ha hecho innumerables y eternos enemigos en vez de amigos en todo este vasto continente por su siniestra e injustificable conducta.

Mientras actuaba como aliada de España y estaba obligada por un solemne tratado a garantizar la integridad de la monarquía española, se encontraba alentando, no en secreto sino abiertamente, su desmembramiento.

Protegida por su marina, proseguía un tráfico extenso en todas las regiones de los dominios españoles que se encontraban sublevadas contra la madre patria. En vano protestó el gabinete español y en vano declaró a los puertos rebeldes en estado de bloqueo. Sus protestas fueron tratadas con desdén y la soberanía de España sobre sus dominios se consideró ridícula cuando interfirió con la codicia británica. Mientras esta conducta provocaba con justicia la indignación y los celos de España, tampoco le producía ni cordialidad ni respeto entre los revolucionarios de la América del Sur. En vano fue que esta última implorara la protección o la interferencia de la Gran Bretaña para frenar los estragos de la discordia civil. Inglaterra contempló con apatía las horrendas escenas de carnicería ocurridas entre realistas y revolucionarios en este continente, calculando fríamente que pronto llegaría el momento en que se le pediría ayudar a uno o someter al otro partido, y supuso que, en cualquiera de estos casos, se le permitiría eventualmente imponer su soberanía política y comercial sobre estas regiones. Sin embargo, confío en que esta suposición quede defraudada por completo, como después se verá. Pero, antes de continuar tratando este asunto, echemos una rápida mirada sobre la condición política actual y los recursos de los países que ahora luchan por emanciparse de España.

La importante sección de la América del Sur llamada Buenos Aires ha avanzado hacia su independencia con más orden y firmeza que cualquiera otra región del continente. Cuenta con un gran ejército bien organizado y equipado; posee inmensos recursos propios; su gobierno se extiende hasta las montañas y el centro de Chile y provoca temor y conmoción aun a la capital misma del imperio de Perú. La reciente capitulación de Montevideo, el gran Gibraltar del Río de la Plata, da a Buenos Aires una fuerza e importancia que la monarquía española no podrá debilitar jamás; y para mí no existe duda alguna de que todo Chile se unirá muy pronto al gobierno de Buenos Aires. Inglaterra no posee allí influencia alguna. Entre sus habitantes se encuentra arraigado un sentimiento permanente de disgusto e indignación por el recuerdo de aquellos designios de engrandecimiento que la Gran Bretaña desplegó en la famosa, o mejor dicho infame, expedición en contra de este país durante la administración de William Pitt. Todo ciudadano de los Estados Unidos que ha visitado Buenos Aires se siente gratificado por el vivo sentimiento que a favor de nuestro país expresan todas las clases de la sociedad, y se complace con la esperanza de que pronto estaremos unidos por los lazos más estrechos, tanto políticos como comerciales.

La importante y hermosa provincia de Venezuela ha hecho varios intentos por sacudirse el yugo español, pero éstos se han visto frustrados por varias causas.

Un terrible castigo de la naturaleza (un temblor de tierra) que desoló a muchas de las mejores ciudades del país y exterminó a muchos de sus pobladores fue considerado por la multitud ignorante y supersticiosa como muestra de la venganza divina. Este triste suceso, unido a la ambición y a la estupidez del general Francisco de Miranda, fueron las principales causas que destruyeron los primeros esfuerzos del pueblo de Venezuela por su independencia. La conducta de Miranda permanece todavía envuelta en el

misterio. Mientras se halló a la cabeza del gobierno de aquel país, sus acciones y principios estuvieron totalmente en desacuerdo con todas sus declaraciones y miras políticas anteriores, y su capitulación ante los realistas que comandaba el general español Domingo Monteverde muestra un grado de bajeza y pusilanimidad sin paralelo en la historia. Después de que por esta acción rindió el honor y la independencia de su patria y entregó a miles de sus compatriotas a merced de un enemigo cruel y exasperado, intentó salvarse por medio de la fuga. No tuvo éxito; *dos de sus mismos oficiales*, indignados por su cobarde y traicionera conducta, lo arrestaron en La Guaira en el momento en que intentaba embarcarse a bordo de una corbeta de guerra británica que se encontraba por entonces fondeada en el puerto, y fue arrojado en una mazmorra y cargado de cadenas por orden del jefe español Monteverde. Después de muchos meses de prisión en los calabozos de La Guaira, Puerto Cabello y Puerto Rico, fue conducido a España cargado de grillos y, cualquiera que sea su suerte, no hay individuo en toda Venezuela, a pesar de ser su país natal, que guarde hacia Miranda un sentimiento de conmiseración.

Durante los pocos meses que Monteverde ejerció el poder, llenó a Venezuela entera de horror e indignación por sus crueldades; cientos de los patricios más distinguidos, que habían desempeñado distintos puestos bajo Miranda, fueron arrojados en subterráneos húmedos y estrechos bajo las fortificaciones de La Guaira y Puerto Cabello, donde muy pronto fallecieron por enfermedad o asfixia. Muchos otros se enviaron encadenados a España y todavía se hallan arrastrando su miserable existencia en Ceuta. Algunos han sido ejecutados, ya públicamente, ya en secreto, mientras que muchos otros fueron mutilados al cortarles la nariz y las orejas. Se dice que Monteverde no autorizó nunca este último acto de bárbara venganza; pero, sea lo que sea, fue llevado a cabo por sus satélites, y sus desgraciadas víc-

timas aún pueden verse por la provincia de Caracas, exhibiendo ante sus compatriotas la espantosa evidencia de la perfidia y la crueldad españolas. Escenas de esta clase hicieron que los habitantes estuvieran listos para otra revolución, mas como se encontraban totalmente desprovistos de armas o municiones se vieron obligados a permanecer inactivos por algún tiempo. No obstante, durante el año pasado un gallardo joven llamado Simón Bolívar, natural de Caracas, encontró apoyo en Nueva Granada y con unos cuantos seguidores (cosa de mil doscientos) atravesó las fronteras de Venezuela, derrotó a los realistas en cuanta acción sostuvo y en unas cuantas semanas llegó a la ciudad de Caracas, obligando a Monteverde a huir y a refugiarse en Puerto Cabello. La bandera de la libertad se izó una vez más sobre la mayor parte de la provincia en agosto y septiembre de 1813.

Bolívar se encontró a la cabeza de una entusiasta población desprovista de todas las municiones de guerra indispensables. El escritor bien sabe que no tenía suficientes *fusiles* ni *pólvora* para equipar adecuadamente a *cuatro mil hombres*. Bolívar hizo todos los esfuerzos posibles para remediar esta deficiencia, pero no pudo conseguir provisiones en el momento debido. Mientras tanto, Monteverde recibió pertrechos militares y tropas de España. Los españoles europeos, *dos mil* en número, que habían huido a Curaçao al acercarse Bolívar a Caracas, se encontraban de igual manera empeñados en enviarle asiduos socorros desde Puerto Cabello. Por estos medios los realistas aumentaban día a día sus fuerzas, y a pesar de que Bolívar se sostuvo gallardamente y demostró en varias contiendas desesperadas el espíritu y la perseverancia de sus compatriotas, como cada batalla disminuía su escasa provisión de municiones, resultó obvio que pronto debía abandonar la desigual contienda. Tres o cuatro mil fusiles y una adecuada provisión de pólvora le hubieran permitido arrojar del país a Monteverde y a todos los españoles europeos en unos cuantos meses. Pero aun

con todas estas desventajas tengo mis dudas de que hubieran podido subyugarlo si los españoles no hubieran adoptado el tremendo expediente de *proclamar la libertad* de los esclavos e incitarlos a destruir a los propietarios criollos. Esta medida inesperada no dejó a Bolívar y a sus asociados más alternativa que la de someterse al enemigo o abandonar el país. Se decidieron, por supuesto, por esto último, puesto que habiendo probado ya en una ocasión anterior la falacia de la palabra española no era fácil que los deslumbraran las ofertas de amnistía. Así pues, hace unos cuantos meses, casi todos los criollos blancos de Caracas y La Guaira, incluyendo hombres, mujeres y niños, se vieron obligados a abandonar su país natal y a buscar refugio en distintas islas de las Antillas.

Por ello es que las banderas de Fernando VII ondean una vez más sobre la desafortunada provincia de Venezuela, pero es éste un triunfo sombrío para los españoles europeos, quienes deben llevar una desgraciada y temerosa existencia en medio de una población compuesta de indios, mulatos y negros que se aprovecharán de la primera ocasión favorable para sacudirse este inhumano yugo. Además, es imposible que Venezuela permanezca por largo tiempo bajo la autoridad de España cuando el imperio vecino de Nueva Granada goza ya de independencia.

Los estados que componen Nueva Granada incluyen lo que generalmente se ha llamado el *virreinato de Santa Fe*. Esta gran porción de la América del Sur contiene más de cuatro *millones de almas*; se extiende desde el océano Atlántico hasta el Pacífico y por su centro corre el gran río Magdalena, cuyas fuentes están cerca de las mismas montañas en las que tienen su origen las aguas del Orinoco. En el futuro, sin duda, estos dos ríos serán tan notorios en la historia de este nuevo e inadvertido mundo como el Támesis o el Nilo lo han sido en Egipto o Inglaterra. Habiendo mencionado estos ríos, puede interesar a algunos de mis lectores (aunque no es

esencial al tema principal que tengo en mira) que exponga algunos datos apenas mencionados por los geógrafos y que, de hecho, se ha permitido hacer públicos hace apenas unos cuantos años.

El gobierno español nunca autorizó que los extranjeros, ya fuera con fines comerciales o de cualquier otra clase, ascendieran por el Orinoco más arriba de la *ciudad de Angostura*. Humboldt fue el primer viajero que visitó las aguas que se vacían en este gran río; al garantizarle su protección y darle permiso para visitar cualquier parte de la América del Sur y de México, España abandonó, en su caso, la política que durante años había seguido rigurosamente. Humboldt tuvo acceso a los archivos que siempre habían permanecido cerrados no sólo a los ojos de los extranjeros, ya que aun los nativos del país tenían prohibido inspeccionarlos. Por sus escritos (hasta donde se han publicado), este distinguido viajero parece haber dirigido sus investigaciones al estudio de la naturaleza, a la observación científica y a fijar la latitud y la longitud de ciertos puntos más que a examinar un hermoso y exuberante país con ojos políticos y comerciales. No fue sino hasta 1810 y 1811, durante el periodo en que Caracas gozó de una breve independencia, que un patriota distinguido, un canónigo chileno llamado José Cortés de Madariaga, emprendió la exploración de una *navegación interior* desde los *confines de Venezuela* hasta unas cuantas leguas de la ciudad de *Santa Fe*

En ninguna parte de la Tierra la naturaleza muestra más fertilidad o belleza que en ambas riberas del río Magdalena y, a pesar de que fluye bajo un sol vertical, en cuanto a salubridad es muy superior a las latitudes más septentrionales del trópico.

de Bogotá, la capital de la Nueva Granada. Acompañado tan sólo de unos cuantos seguidores, salió de la ciudad de Santa Fe hacia la cabecera de un río llamado Meta. Este río era tan desconocido para los geógrafos como para la fama; unos cuantos jesuitas, que habían huido hasta allí para evitar ser perseguidos, y algunos misioneros eran los únicos habitantes blancos que habían visitado alguna vez este río o a quienes se les había permitido asentarse en él. El canónigo chileno y su valiente y pequeña partida comenzaron el descenso sin ningún miedo en barcos que ellos mismos construyeron; visitaron varias hordas de salvajes establecidas en las riberas del río o a unas cuantas millas, y todos ellos los trataron con hospitalidad a causa de que el canónigo llevaba en la mano el estandarte de la libertad y se declaraba hostil a los españoles. En ninguna otra forma hubiera podido pasar a salvo, porque muchas de estas tribus se hallaban en guerra permanente con los españoles y hubieran sacrificado a todos los aventureros de no haber sido por el buen manejo y dirección del canónigo. Después de navegar catorce días a través de una región muy hermosa y fértil, y por un río que tenía por lo general una milla de ancho y de cinco a seis brazas de profundidad, corriente plácida sin una sola caída o banco de arena que interrumpa su curso por más de ochocientas millas, alcanzaron los ríos Grande y Pequeño Apure. El uno serpentea a través del corazón de Venezuela y el otro desciende hacia el Orinoco, brindando así una fácil y amplia comunicación fluvial desde donde el Orinoco se vacía en el Atlántico, en el Golfo de Paria, hasta el centro mismo de Nueva Granada, a unas cuantas millas de Santa Pe, distancia de más de mil seiscientas millas.

La suerte del canónigo chileno es lamentada en todas partes de la América del Sur. Ni el brillo de sus talentos ni sus virtudes personales lo protegieron de la furia de Monteverde, quien ordenó fuera encerrado durante muchos meses en las mazmorras de Puerto Cabello, y de allí se le enviara encade-

nado a España. Las últimas noticias lo dejan arrastrando sus grillos en las fortificaciones de Ceuta.

Después del Orinoco, le sigue en importancia el río Magdalena. Fluye a través de los estados más populosos de Nueva Granada y es navegable para navíos del mayor tamaño por más de trescientas millas y para barcos de cien toneladas por más de ochocientas. Su desembocadura principal se encuentra en la bahía de Sabanilla, entre las ciudades de Santa Marta y Cartagena, y se comunica con esta última por un canal. Por las barras u obstrucciones que se encuentran en las distintas bocas de este noble río, la naturaleza parece haber prohibido en él la entrada de grandes buques desde el Atlántico, pero, en su abundancia, lo ha provisto de innumerables bahías, seguras y apropiadas, donde barcos de cualquier tamaño pueden echar anclas con absoluta seguridad. En el futuro, un transporte terrestre a través de tan sólo tres millas o un canal con las esclusas adecuadas conducirán el comercio de la mayor parte de Nueva Granada al Atlántico y viceversa. Desde la desembocadura de este noble río (después de pasar la barra), por más de cuatrocientas millas, su profundidad no es menor a las veinte brazas y por lo general es de sesenta; no hay bajos ni caídas que interrumpen la navegación; los vientos alisios soplan durante casi todo el año directamente río arriba hasta una ciudad llamada Mompós, o aun más allá, por lo que no hay nada que impida que navíos de cualquier calado naveguen por este río, cuando menos hasta la ciudad mencionada. Las embarcaciones actuales o las grandes máquinas usadas en este río dejan ver la falta de habilidad o conocimiento de las artes que puede esperarse de un país donde el antiguo gobierno ha hecho todo por perpetuar la ignorancia y reprimir el genio. Este río se adapta mejor a los barcos de vapor que quizá ningún otro del mundo, no sólo por hallarse más libre de obstáculos sino porque cerca de una u otra de sus orillas siempre se encuentra una corriente plácida.

Los mismos comentarios se aplican al Orinoco y a muchos de sus tributarios. De las riberas de ambos ríos se obtendrá una provisión interminable de combustible y se halla aquí en abundancia la *más grande y mejor madera* del mundo para construir barcos. Extensos bosques de *cedro* y de *caoba* se encuentran en sus riberas o cercanos a sus aguas; no es infrecuente ver barcos de sesenta *pies* de largo y ocho de *diámetro* desbastados de un solo *cedro*; el *ébano*, la *limonaria*, la *gateada*, el *palo morado* y casi todas las demás clases de madera que se consideran raras y valiosas se producen en aquellas regiones, y en ciertas épocas del año balsas enormes de estas maderas pueden hacerse flotar río abajo por el Orinoco hasta el Golfo de Paria, y de allí a Europa o a los Estados Unidos, conducidas en navíos de cualquier calado. Es también en estas regiones donde se encuentran todos los preciosos bálsamos y resinas tan apreciados en el resto del mundo. Las pieles más bellas de la América del Sur se consiguen en estos bosques y, sin duda, constituirán para estas regiones una rama importante de su futuro comercio.

En ninguna parte de la Tierra la naturaleza muestra más fertilidad o belleza que en ambas riberas del río Magdalena y, a pesar de que fluye bajo un sol vertical, en cuanto a salubridad es muy superior a las latitudes más septentrionales del trópico.

Las montañas de Santa Marta (un gran ramal de los Andes) que se elevan a más de *doce mil pies* sobre el océano alzan su imponente grandeza sobre la ribera oriental de este río, y desde sus cimas cubiertas de nieves eternas se difunde una frescura vivificadora sobre toda la región que se halla a sus pies, lo que produce una vegetación perpetua y constante que quizás no tenga paralelo en el mundo. Los innumerables rebaños, alimentándose en sus verdes e inagotables praderas a ambos lados del río, hacen ver al pasajero que los contempla los recursos con que cuenta esta región para mantener un número indefinido de seres humanos. Después de subir

No hay sitio en todo el mundo que parezca haber sido diseñado más expresamente por la naturaleza para ser un gran emporio comercial que Panamá.

En un futuro no será tan sólo el gran canal de intercambio entre Europa, los Estados Unidos y el mundo oriental, sino que antes de mucho deberá ser también la ruta comercial para las playas del Pacífico, así como para las islas que se encuentran desparramadas por aquel inmenso océano.

río arriba más allá de Mompós, la región se vuelve montañosa en ambas riberas, con un clima superior a la primavera de Europa. Aquí se producen los frutos y los granos de todas las zonas; en un sitio llamado *Ocaña*, sobre la orilla izquierda del río, crecen en abundancia el *trigo* y la *cebada*, y del primero se envía una gran cantidad a Cartagena para su consumo. Se han referido estas circunstancias para mostrar los beneficios naturales que poseen estas regiones y la importancia que pueden alcanzar en el mundo civilizado



cuando sean explotados sus recursos; y mi objetivo al tratar de estas ventajas, que el Cielo ha conferido en abundancia a esta parte del mundo, es ilustrar su *desolada majestuosidad* actual y mostrar que sus *recursos naturales* se hallan *descuidados y postrados* a los pies de una aristocracia ruin y abandonada a los vicios.

Al oeste de Cartagena se encuentra la ciudad de Portobelo y el famoso Istmo de Darién; esta porción de la Nueva Granada se encuentra todavía en poder de los realistas. Desde la revolución ocurrida en España en 1808, un tráfico comercial enorme y creciente se lleva a cabo de Jamaica a Portobelo y Panamá. Este último se encuentra situado en el océano Pacífico y en la parte más angosta del istmo. No hay sitio en todo el mundo que parezca haber sido diseñado más expresamente por la naturaleza para ser un gran emporio comercial que Panamá. En un futuro no será tan sólo el gran canal de intercambio entre Europa, los Estados Unidos y el mundo oriental, sino que antes de mucho deberá ser también la ruta comercial para las playas del Pacífico, así como para las islas que se encuentran desparramadas por aquel inmenso océano.

Por esta vía se evita el aburrido y peligroso viaje alrededor del Cabo de Hornos, y cuando se lleve a cabo el proyecto de cortar un canal a través del Istmo de Darién no sólo encontraremos un gran cambio sino un aumento muy importante en las operaciones comerciales de todo el mundo civilizado.

Casi todos los escritores que han tratado este tema aceptan su factibilidad y reconocen su importancia, pero le han adjudicado a esta empresa una variedad de obstáculos que no existen sino en su imaginación o que han sido decretados por los historiadores españoles, tal vez con el propósito de ocultar la verdad.

Algunos han afirmado que el océano Pacífico se halla a mayor altura que el Atlántico al otro lado del istmo y que cualquier intento de unirlos mediante un canal

expondría a la región adyacente a una inundación; así, al violar las leyes de la naturaleza, podrían ocurrir terribles resultados.

Sin calificar a estas opiniones como de enteramente quiméricas, sólo es necesario hacer notar que se conoce ya la manera de efectuar la introducción de agua del océano por medio de canales adecuados y con buenas esclusas, y puede llevarse a cabo con facilidad y seguridad; mayores, de hecho, que cuando se construyen canales para comunicar los ríos, donde con frecuencia se vuelve necesario tomar providencias contra inundaciones ocasionales. Si en la costa de Holanda, en medio de un mar turbulento y agitado por constantes tempestades, no ha sido difícil repeler la intrusión del océano mediante diques normales, mucho menos peligroso será en la bahía de Panamá, donde el océano Pacífico, como su nombre lo indica, apenas rara vez se ve inquietado por una tormenta ni nunca jamás se ha sabido que penetre más allá de unas diez yardas de su margen habitual.

Otros escritores han afirmado que a causa de la naturaleza montañosa del istmo y sus impenetrables estratos es imposible cortar un canal sin el trabajo de millones de personas y con un gasto y una pérdida de tiempo que no serían compensados por ningún beneficio futuro.

Éstas y muchas otras objeciones jamás fueron contendidas por el gobierno español, siendo su política establecida ocultar al resto del mundo cualquier circunstancia importante que tendiera a atraer la atención de otras naciones sobre la América del Sur. Los sucesos recientes han hecho que se rompa este velo egoísta y contrario a la naturaleza, y día a día se conocen nuevas verdades relacionadas con esta gran región, las que resultan de la mayor importancia, no sólo para sus habitantes sino para toda la humanidad.

Ahora se sabe que puede abrirse un canal a través de este istmo, sobre una *extensión menor a las veinte millas*, que *conectará los dos océanos*. La ruta a la que aludimos

pasa a través de las fragosidades de las montañas y presenta muy pocos obstáculos o casi ninguno para abrir un canal de la *anchura* o *profundidad* que se considere necesaria. El gobierno español conocía este hecho desde hace *más de cincuenta años*, pero su secreto se guardó cuidadosamente en los archivos de Madrid.

En Nueva Granada se hallan varios individuos que conocen perfectamente el terreno y que son de la opinión de que, lejos de ser una empresa difícil, puede lograrse con facilidad y en *pocos años*; toda la ayuda extranjera necesaria se reduce a unos cuantos centenares de buenos oficiales con implementos y maquinaria modernos.

Los indios del istmo, así como los del país circunvecino, hasta ahora se han visto privados de todo estímulo para la industria y han arrastrado una existencia miserable, al igual que los nativos de toda la América del Sur. Sus trabajos se han dedicado únicamente a saciar la avaricia de unos cuantos españoles europeos, a alimentar a los insaciables dependientes de la corona o a regalar a los zánganos de la Iglesia. Por lo tanto, apenas es necesario decir que estos desgraciados habitantes saludarán con júbilo y gratitud el prospecto de verse liberados de sus opresivas cadenas y adherirán fielmente a cualquier nueva forma de gobierno que ponga en movimiento su industria y remunere sus trabajos; y quizá no exista otra circunstancia que produzca un efecto tal, en poder y bondad, como el emplear y pagar con regularidad a un cuerpo numeroso de estos indios.

En mi opinión, de veinte a treinta mil de ellos, bajo la dirección de los oficiales adecuados y con la ayuda que mencioné, terminarían la gigantesca empresa ya sugerida en *menos de diez años*. No importa si al fin se lleva a cabo bajo los auspicios nacionales o mediante empresa y capital particulares; figurará entre los proyectos más lucrativos y benéficos que jamás se hayan ejecutado mediante operaciones humanas.

Ninguna nación sobre la Tierra se

halla más profundamente interesada en el éxito de semejante empresa que los Estados Unidos; en consecuencia, debemos regocijarnos de cualquier acontecimiento político que tienda a colocar a los habitantes de aquella parte de la América del Sur en condiciones de acelerar y llevar a cabo este gran desigmo. Habiendo así tocado en forma sumaria algunas de las ventajas naturales de Nueva Granada, será necesario exponer su actual condición política.

Los estados principales de este imperio son: *Popayán, Santa Fe, Antioquia, Mompós y Cartagena*. Cada uno contaba con gobernador y legislatura propios; establecieron un pacto federal y depositaron el poder supremo de todos los estados en un congreso general, se declararon independientes de España y abolieron la inquisición y muchos otros aspectos odiosos del antiguo gobierno.



El individuo que puede considerarse como el personaje más destacado de este joven imperio es Antonio Nariño, natural de Santa Fe, hombre de extraordinarios talentos y muy emprendedor.



Una alianza con el imperio de México le granjearía a nuestro país los afectos de seis millones de personas y formaría la base de nuestra alianza futura con otras partes del Nuevo Mundo; podríamos convertirnos rápidamente en los banqueros de México y también de la América del Sur.

*El individuo que puede considerarse como el personaje más destacado de este joven imperio es Antonio Nariño, natural de Santa Fe, hombre de extraordinarios talentos y muy emprendedor; antes de la revolución era temido y visto como sospechoso por el gobierno español, y a causa de estas sospechas se le encerró durante muchos años en los calabozos de Cartagena. Ha sido una suerte para su país el que haya sobrevivido a esta cruel persecución, porque era un criollo de alto rango, lo que le daba una extensa influencia que se unía a la que sus talentos le procuraban, y el recuerdo de los daños sufridos ha imbuido de energía su conducta y su carácter, lo que lo ha convertido en el individuo más distinguido y más influyente de este imperio.*

Uno de los objetivos favoritos de Nariño ha sido poseer Panamá y todo el Istmo de Darién, pero ha estado ocupado tan de continuo en proteger *Popayán* de las incursiones de los *realistas de Quito* que todavía no cuenta con los medios para llevar a cabo sus deseos.

El gobierno de Cartagena también ha estado preparándose con impaciencia para aprovecharse de la primera ocasión favorable para llevar a cabo el mismo propósito, y supongo que no pasarán muchos meses antes de que oigamos que Panamá se halla en poder de los independientes.

Cuando los realistas pierdan Panamá, el destino del resto de la América del Sur se decidirá con rapidez. Desde hace unos cuantos años la totalidad de las costas del Pacífico desde *Chile y Lima* hasta *Acapulco* ha visto Panamá como el gran emporio de su comercio y como la llave de su tráfico con Jamaica y Europa y, cualquiera que haya sido la disposición de los habitantes en general, sentían cierto titubeo al declararse abiertamente contra España mientras ésta mantuviera tan imponente posición y control del istmo. A pesar de todas esas desventajas, la llama de la libertad ha surgido en ocasiones en todas las ciudades principales de aquellas provincias. La antigua capital del imperio peruano (Cuzco) y la gran ciudad de Quito han estado alternativamente en poder de los independientes y de los realistas. Por todo el interior de este vasto continente el odio a España es un sentimiento general y, de hecho, desde Patagonia hasta California este sentimiento se extiende con rapidez.

Si los revolucionarios se apoderan de Panamá, sin duda dirigirán sus mayores esfuerzos a hacerla inexpugnable en el futuro, en cuyo caso podrán interrumpir el comercio del que la Gran Bretaña acostumbra disfrutar o, por lo menos, podrán dictar las condiciones que convengan a las futuras miras políticas y a los intereses de la América del Sur.

Para ilustrar la influencia comercial que Inglaterra ha conseguido en aquellas regiones y la forma en que busca extenderla, relataré unos cuantos hechos que observé personalmente.

Desde hace varios años ha sido usual que una *corbeta de guerra o fragata inglesa salga de Kingston, Jamaica, cada seis u ocho semanas, con ocho o diez barcos mercantes españoles bajo su escolta cargados con mercancías inglesas, de las cuales las cuatro quintas partes pertenecen a los comerciantes ingleses que residen en Kingston*. La escolta conduce estos navíos a *Portobelo* y al río *Chagres*; en este último es habitual que los navíos de guerra

ingleses aguarden durante unos cuantos días hasta que *su carga en moneda* sea conducida a través del *Istmo desde Panamá*. Entonces prosigue con su cargamento de dinero, ya sea directamente a Jamaica o recorriendo la costa hacia Cartagena, donde carga más moneda, así como lingotes de oro y plata.

Sucede a menudo que los metales preciosos van acompañados de sus propietarios, quienes toman pasaje a bordo del navío de guerra inglés; de ahí que *veamos al mismo tiempo a realistas y revolucionarios bajo la protección de la bandera británica*. Sin embargo, esto no es nuevo en la historia de la política inglesa. Desde hace mucho tiempo Inglaterra ha tenido la costumbre de impulsar su comercio, tanto en la guerra como en la paz, con sus amigos así como con sus enemigos, sin importar cuán irreconciliable pueda ser este comercio con *las leyes de las naciones* o contrario a los *derechos* y a los *intereses* incluso de aquellos países con los que se encuentra en estrecha alianza. Todas éstas eran dificultades de menor importancia cuando interferían con sus intereses comerciales; la Gran Bretaña siempre se ha tomado esta libertad pero nunca la ha permitido a otras naciones.

Quizá no esté fuera de lugar observar aquí cuál ha sido la conducta del gobierno británico con la nueva república de Cartagena. Durante los años de 1812 y 1813 los comerciantes de Jamaica se alarmaron por la seguridad de su comercio con Portobelo y Panamá a causa de saber que un grupo de corsarios franceses, que había emigrado de Cuba y Nueva Orleans a Cartagena, se encontraba habilitando barcos corsarios en este puerto bajo la bandera de Cartagena.

Casi todos los comerciantes de Kingston, sobre todo aquellos que traficaban con los realistas españoles, presentaron sus peticiones al almirante y al gobernador de Jamaica, rogando que de inmediato se tomaran medidas para evitar que el gobierno de Cartagena concediera comisiones a los aventureros, los que eran señalados en estos do-

cumentos como enemigos de la Gran Bretaña o como piratas. El almirante y el gobernador intervinieron, pero en forma muy cautelosa, y no causaron efecto alguno en el gobierno de Cartagena.

Posteriormente se enviaron protestas a Inglaterra, no sólo de los comerciantes de Jamaica sino de *los de Cádiz*, apoyados en las intimaciones de las *Cortes y Regencia* de considerar la bandera de esta nueva *república como el estandarte de la piratería*, la que *no debería ser tratada de ninguna otra forma por la Gran Bretaña como aliada de España*.

En contra de las esperanzas de los comerciantes ingleses y para mortificación y sorpresa de los españoles, el gabinete británico resolvió no interferir en el asunto, y ordenó expresamente *a sus almirantes y comandantes navales que no molestaran*, antes *al contrario*, protegieran *la bandera y el comercio de estos nuevos gobiernos*.

Inglaterra ha seguido esta misma política en su comercio con Buenos Aires, donde ha sido su costumbre constante hacer a un lado los decretos de bloqueo así como otras medidas del gobierno español en *Montevideo*, hasta que, finalmente, esta importante fortaleza se ha visto obligada a rendirse al gobierno de Buenos Aires, acontecimiento que, como ya se ha observado, decide la suerte de toda aquella importante sección de América del Sur.

Si la Gran Bretaña, al proseguir esta política que gradual pero seguramente ha minado la soberanía de España sobre aquellos países, se hubiera mostrado en forma abierta como amiga de los revolucionarios, para estas fechas habría adquirido ascendiente tanto en sus consejos como en sus afectos, lo que le hubiera permitido alcanzar un control fácil y permanente sobre todo este Nuevo Mundo; pero ha sido tal su insidiosa conducta y su apatía ante aquellas escenas de horror que han resultado de la lucha entre realistas y revolucionarios, que éstos la ven con más envidia y desprecio, si es posible, que a los mismos españoles.

El comercio que Inglaterra ha disfrutado y disfruta ahora con aquellos países tiene mayor importancia de la que generalmente se piensa. La situación peculiar de Europa y los Estados Unidos le ha dado a Inglaterra, desde hace ya algún tiempo, un monopolio absoluto de este valioso tráfico. La cantidad de manufacturas británicas que se transportan de Londres y Jamaica a través del Istmo de Darién a todas partes del océano Pacífico y el consumo de mercancías británicas en Buenos Aires, Nueva Granada, Venezuela, la bahía de Campeche y México puede calcularse en *veinte millones de pesos anuales*, cuando menos. Los pagos de estas exportaciones, con un aumento considerable por las ganancias, se hacen por lo general en *moneda, lingotes* y otros géneros valiosos. No es de esperarse que el gabinete británico se vea impedido, por algún sentimiento de moralidad, o de justicia, hacia la tambaleante monarquía española, de asegurar para Inglaterra el disfrute permanente de estas enormes ventajas comerciales, que recién así ha probado y palpado. Usará todas sus energías y maquinaciones para alcanzar tan importante objetivo, no importando si lo lleva a cabo por medio de un pleito con España o abrazando la causa de los revolucionarios. Le es indiferente mientras asegure su fin. Hasta dónde los Estados Unidos pueden frustrar este nuevo plan de engrandecimiento comercial o cuáles son los medios que poseemos para asegurar a nuestro país su participación en este comercio deben ser tema a examinar en un futuro, porque en el momento actual sería impropio, así como impolítico, el mostrar a nuestro enemigo nuestros medios y miras sobre este asunto; pero, en lo que respecta al vecino imperio de México, no podemos correr riesgo alguno en el desenvolvimiento de nuestros planes. La Gran Bretaña no puede impedir nuestro progreso en él, aunque pudiera intentarlo por medio del desembarco en Veracruz de un poderoso ejército y abrazando abiertamente la causa de España contra los revolucionarios. Ya hemos hecho

notar que la población entera del imperio mexicano tan sólo aguarda ser llamada a la acción por los medios que ya señalé, y repito que si nuestro gobierno únicamente legitimara la empresa mediante el otorgamiento de su sanción, nuestros ciudadanos del Oeste *brindarían voluntarios en abundancia para efectuarla, sin perjudicar nuestro actual sistema de operaciones defensivas contra el enemigo y sin ningún costo material para la nación.*

Una alianza con el imperio de México le granjearía a nuestro país los efectos de seis millones de personas y formaría la base de nuestra alianza futura con otras partes del Nuevo Mundo; podríamos convertirnos rápidamente en los banqueros de México y también de la América del Sur. Antes de mucho las bóvedas nacionales de los Estados Unidos así como nuestras arcas privadas se considerarían depósitos tan seguros como lo han sido hasta ahora las bóvedas de Londres y Cádiz para las monedas y los lingotes del Nuevo Mundo.

Algunos de nuestros moralistas políticos podrán decir que cualesquiera que sean las ventajas que se deriven de nuestra ayuda a la emancipación de México, y a pesar de que podamos concluir tratados de comercio con Buenos Aires, Nueva Granada y otros gobiernos independientes de América del Sur, que darían a nuestro país beneficios inmensos, debemos abandonar éstas y otras importantes ventajas para nuestro país antes de romper nuestras actuales relaciones políticas con España. Esta doctrina tendría fuerza por sí sola si *España no hubiera roto su relación política con nosotros* y no se hubiera convertido en instrumento de nuestro común enemigo. Después de haber permitido que se viole su neutralidad con el propósito de atizarnos un golpe mortal, ¿esperaremos pasivamente hasta que nos dé mayor y más seria evidencia de su hostilidad? ¿*Aguardaremos a que España lleve a cabo las amenazas y proyectos anunciados en la proclama de Edward Nicoll?* Si ésa fuera nuestra decisión, soy de la opinión de que no tendremos que espe-

rar mucho antes de ver cómo desarrolla sus miras. En unos cuantos días veremos, con toda probabilidad, otra proclama del oficial al mando de la expedición que se encuentra actualmente en camino contra Luisiana y, si no yerro en mis cálculos, en este documento encontraremos de nuevo todo lo que Nicoll ha declarado de manera oficial y pública. Hallaremos que no sólo Pensacola sino también el puerto de La Habana ofrecerá protección y socorro este invierno a las flotas británicas empleadas en esta famosa expedición, y pienso que encontraremos más pruebas de la cooperación de España, y de un carácter más decisivo, que cualquier cosa que se haya sabido o supuesto. Mas, sea lo que sea, soy de la opinión de que ha llegado el momento en que debemos adoptar todas las medidas que estén en nuestro poder para anticiparnos a la Gran Bretaña y asegurar la amistad y promover la emancipación de este Nuevo Mundo, porque, a pesar de que al presente (por las razones que ya apunté) Inglaterra no posee influencias entre los criollos ilustrados de la América del Sur o de México, no sabemos en qué momento pueda comenzar a crear una influencia a su favor mediante la adopción de un nuevo rumbo en su política. Debemos también reflexionar sobre las consecuencias que se seguirían si la Gran Bretaña, en consecución de sus ambiciosas y políticas miras, considera de su interés abandonar al desgraciado Fernando a su suerte y, declarando la guerra a España, ofrece libertad y protección a los revolucionarios de América del Sur y México, siempre y cuando se le cedan ciertas provincias en compensación. En tal caso, ¿no será probable que intente atar a los nativos de aquellas regiones por medio de tratados de alianza ofensiva y defensiva?

Suponiendo que continuáramos en la misma apatía que hemos mantenido tan largo tiempo en relación con las luchas de los revolucionarios de México y que la Gran Bretaña se convierta en su defensora y sostén, cuan profundamente deploraremos con posterioridad el haber perdido y el continuar

perdiendo los preciosos momentos que ahora tenemos para prevenir una catástrofe política tan gigantesca para el honor y el interés de nuestra patria.

Si el poder y la influencia de la Gran Bretaña se ubicaran alguna vez en el imperio mexicano, entonces sí que experimentaríamos las funestas consecuencias de haber perdido los momentos para aprovecharnos de los medios que al presente tenemos para frustrar un daño tan grave. Entonces sí que podría amenazar con serios obstáculos nuestra libertad de navegar por el río Mississippi, y entonces sí se convertiría en un poderoso y temible enemigo.

Controlar los destinos de la América del Sur y de México ha sido desde hace largo tiempo una idea favorita de muchos distinguidos hombres de estado de la Gran Bretaña, y para ninguno fue este proyecto más entrañable y especial que para William Pitt. Sus sucesores nunca han perdido de vista este espléndido plan; tan sólo han estado esperando una coyuntura favorable que les permita ejecutar estos designios.

Hemos visto su reciente intento de actuar como mediadora entre España y sus colonias insurrectas. Para este fin, la Gran Bretaña nombró al almirante George Cockburn (quien después incursionó de manera caballerosa en nuestro capitolio) como comisionado, lo mismo que a los señores Juan Felipe Morier y Charles Stuart. Antes de que esta farsa funcionara plenamente, el gobierno español descubrió las miras insidiosas del gobierno británico, especialmente las relacionadas con México: y en el momento en que el almirante se preparaba para abandonar Cádiz en cumplimiento de su misión, la Regencia le informó que los mediadores podían visitar cualquier parte de la América española a excepción de México. Esto indujo al almirante a abandonar su plan conciliatorio y, disgustado y mortificado, salió de Cádiz para dirigirse a Inglaterra. Desde entonces no hemos oído nada más acerca de la mediación inglesa.

Si dirigimos nuestra atención a las *publicaciones periódicas* británicas y a sus *principales revistas*, hallaremos que por muchos años han inculcado a la fuerza la necesidad y la política de separar a la América del Sur y a México de España. En lenguaje brillante y con argumentos incontrovertibles, han expuesto el derecho de los oprimidos naturales de aquellos países a emanciparse de la tiranía española, y han pintado con vivos colores las bendiciones que le resultarán a la humanidad cuando aquellas regiones se vean bendecidas con gobiernos liberales e independientes. Estos sentimientos son actualmente en la Gran Bretaña tan populares como comunes los de odio y desagrado hacia España.

La Gran Bretaña se encuentra en la actualidad en paz con toda Europa; pero, ¿existe alguna persona que haya estudiado su historia o que conozca su condición presente que suponga que permanecerá por mucho tiempo en tranquilidad?

Para sostener su actual actitud de coloso dentro del mundo europeo debe mantener unas enormes fuerzas navales y militares. Cuando afloje en su esfuerzo con relación a cualquiera de ellas, iniciará su decadencia en la escala de los imperios. El comercio y las manufacturas pueden haberla hecho rica, pero nunca hubieran podido hacer de ella una gran nación.

La guerra se ha vuelto indispensable para sostener su grandeza política y tal vez sea necesaria para su existencia como nación. De ello se han dado cuenta muy bien sus estadistas, y sin duda se encuentran preparándose para iniciar una nueva contienda en el momento en que puedan terminar la que al presente sostienen con los Estados Unidos.

Aquella porción de nuestros compatriotas que suspira por la paz y que por tanto tiempo ha llenado el aire con sus lamentos puede descansar perfectamente satisfecha de que Inglaterra muy pronto gratificará sus deseos. No importa cuan gi-

gantescos hayan sido sus designios contra nuestro país hace algunos meses; ya ha descubierto, o pronto descubrirá, su falacia, aun admitiendo que su expedición contra Nueva Orleans tenga éxito. Sospecho que pronto se cansará de retener esta plaza; la enfermedad y la muerte disminuirán con rapidez las fuerzas de su ejército y, privadas del tráfico con nuestros habitantes del Oeste, sus tropas pronto se verán en aprietos para subsistir. Estas y otras causas harán que la Gran Bretaña se encuentre tan ansiosa de abandonar esta quijotesca expedición como deseosa estuvo de llevarla a cabo.

Inglaterra ha descubierto también que asaltar y quemar nuestras indefensas ciudades, saquear nuestras plantaciones y robar nuestros negros es una manera de hacer la guerra que no sirve para quebrantar nuestro espíritu nacional o hacer adelantar su propio prestigio. Ha descubierto, además, el importante y vergonzoso secreto de que los Estados Unidos han hecho ya más para humillar su orgullo nacional y empañar su gloria militar de lo que toda Europa ha podido llevar a cabo desde hace un siglo. Ha encontrado que al seguir adelante con esta guerra expondrá su comercio a caer presa del atrevido arrojo de nuestros ciudadanos y que, de repente, ha surgido una pasión por la gloria militar y naval entre nuestros compatriotas que pronto puede convertirse en su sentimiento predominante. Es de profundo interés para Inglaterra reprimir el crecimiento de este sentimiento y el hacernos regresar a aquellas ocupaciones pacíficas de que disfrutábamos hace tres años. Su verdadero interés consiste en gratificarnos en nuestro amor por la tranquilidad, en fomentar nuestra pasión por el lucro y en convertirnos, de ser posible, en una nación de felices agricultores y exuberantes mercaderes. Éstas son las imperiosas circunstancias que han inducido a la Gran Bretaña a bajar el tono de voz y a abandonar aquellos *sine qua non* con los que abrió su presupuesto diplomático, y éstas son las causas que, pienso, llevarán a una paz rápida y

honorable por parte de los Estados Unidos, a pesar de los miedos y predicciones de la facción que se opone a ello. Una vez que se haya alcanzado esto, no se necesita el don de la profecía para predecir el curso que seguirá la Gran Bretaña: dirigirá su atención y sus energías *hacia la América del Sur y hacia México*. John Bull se deslumbrará con el esplendor del proyecto; el comercio y los tesoros de un nuevo y vasto imperio deben abrirse a la codicia británica. Sus fabricantes, artesanos y comerciantes se detendrán con embeleso en la contemplación de este proyecto y, si el gabinete británico tuviera la sagacidad y perspicacia de manifestarles a sus súbditos y al mundo que su objeto es romper las cadenas y dar la libertad a diecisiete millones de personas, se convertiría en la empresa más popular en que se haya comprometido la nación inglesa.

Este acontecimiento podrá retardarse o facilitarse según los acuerdos que puedan adoptarse finalmente en el Congreso de Viena. Sin duda que la Gran Bretaña tendrá cuidado de no provocar los celos de otras naciones europeas, así como tampoco los de España; pero como el objeto que tiene a la vista abarca la posesión y el despojo del Nuevo Mundo, no es improbable que mediante el ofrecimiento de una participación en las ganancias la Gran Bretaña pueda conseguir el consentimiento y la cooperación de aquellas potencias que de otra manera pudieran tratar de frustrar sus designios.

Considero innecesario abundar en otros argumentos para demostrar la necesidad y pertinencia de que los Estados Unidos actúen en el momento apropiado para asegurar una parte de las ventajas que, por fortuna, una combinación de circunstancias ha puesto a nuestro alcance.

Mi propósito es provocar una investigación sobre este interesante asunto que nos permita decidir con prontitud sobre los siguientes puntos:

*Primero.* ¿Si será o no del interés de los Estados Unidos tener un entendimiento temprano con las provincias de la América del Sur, y más especialmente con el gran imperio de México, y ayudar a este último a emanciparse de España, adoptando para ello los medios ya sugeridos aquí?

*Segundo.* ¿Si la conducta reciente de España, al permitir que su territorio fuera usado por la Gran Bretaña para molestarnos, no es un acto de hostilidad que justificará por completo que tratemos a España como enemiga?

*Tercero.* ¿Si nuestra alianza con los mexicanos no puede frustrar en definitiva las futuras miras de engrandecimiento de la Gran Bretaña y si nosotros obtendremos ventajas en la misma proporción en que Inglaterra experimente daños?

*Cuarto.* ¿Si el gabinete inglés no se aprovechará (en la primera oportunidad favorable) del gran poder que una alianza con, o el control sobre, México y la América del Sur le daría sobre los futuros destinos de los Estados Unidos, y si no debemos temer y evitar esto utilizando todos los medios en nuestro poder desde un primer momento?

Éstos son los puntos importantes hacia los que se dirigen todas las observaciones anteriores y sobre los que el escritor desea despertar un espíritu de investigación entre aquéllos de sus compatriotas cuyos talentos les permitan hacer más justicia a un tema de tal magnitud que la que se encuentra en sus manos.

Desde que estas observaciones entraron en prensa, se recibió noticia de la llegada del general Jackson a Orleans y también de que ha sido fuertemente reforzado desde el Oeste. Esta información no hace desaparecer los temores del escritor sobre el asunto; cada día parece confirmar más sus aprensiones sobre la magnitud de la fuerza que nuestro enemigo ha reunido para esta expedición. ❖